

aula abierta

SECCIÓN DEL SUPLEMENTO TRES MIL EN APOYO A LOS PROGRAMAS DE LENGUAJE Y LITERATURA DE EDUCACIÓN MEDIA DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Generación del 98: **León Felipe**

Edgar Alfaro Chaverri

PRIMER AÑO DE BACHILLERATO



El poeta español León Felipe.

Generación del 98 León Felipe

Breve detalle de su vida y de su obra

«**Versos y Oraciones de Caminante**, es el primer libro de poemas de León Felipe, editado en Madrid en 1920. En una de sus primeras páginas, encontramos los siguientes versos:

Ser en la vida romero,
romero solo que cruza siempre por
caminos nuevos.
Ser en la vida romero
sin más oficio, sin otro nombre y sin
pueblo.
Ser en la vida romero... sólo romero.
Que no hagan callo las cosas ni en el alma
ni en el
cuerpo,
pasar por todo una vez, una vez solo y
ligero,
ligero, siempre ligero...

El vivo deseo de viajar que alienta en los versos citados, obliga al biógrafo de **León Felipe Camino Galicia**, su nombre completo, seguirlo en el incesante deambular por los amplios y ásperos caminos del mundo.

Nacido el **11 de abril de 1884** en Tábara, pueblo de la provincia de Zamora. En 1886, su familia se traslada a Sequeros, en Salamanca, lugar que mayores recuerdos graba en la mente del poeta. Iniciados en ésta sus estudios, los proseguirá en Villacarriedo, para terminarlos en Santander en el año de 1900.

En aquella época, el Instituto Santandestino tenía un cuadro escénico formado exclusivamente por estudiantes. León Felipe ingresa al mismo convirtiéndose, a poco andar, en el director de sus condiscípulos.

León Felipe. Reseña. Poemas [páginas 1, 2 y 3]

Roberto Fernández Retamar. Calibán. Homenaje. poemas [páginas 4 y 5]

Poemas de Cintio Vitier [páginas 6 y 7]

Walt Whitman [página 8]

Perentorias exigencias familiares le obligan a matricularse en Farmacéutica, carrera corta que pedía escasa dedicación y que sólo podía cursarse en Madrid. lejos de las oposiciones familiares tendrá oportunidad de asistir a toda representación teatral, dando libre curso a sus inclinaciones naturales. Los guiones y las lecturas de los clásicos le impresionan con profundidad, entrando en contacto con la poesía y la amplia gama de belleza que ella encierra.

Terminada la carrera de farmacéutico poco después de la muerte de su progenitor, vuelve a Santander a ejercerla. A la vez, sostener a su madre y sus hermanas. Desplazado por la enorme competencia profesional se instala en Balmaceda, provincia de Vizcaya, donde vive largos años, hasta que su familia cesa de requerirlo como sostén económico.

Liberado de compromisos familiares, León Felipe solicita su ingreso a la compañía teatral de Tallaví, famosos actor que sólo se rodeaba de los mejores elementos; con él hará su aprendizaje profesional en las tablas.

Aburrido de representar personajes secundarios, aún cuando lo hiciera al lado de primeras figuras, ingresa a la Compañía de Juan Espantaleón convirtiéndose en «cómico de la legua», recorriendo todos los pueblos y ciudades de España y Portugal, conociendo gentes y lugares representativos de la compleja mezcla que constituye la Hispanidad.

En 1916 decide abandonar el teatro. En lo íntimo, ha madurado. La poesía y su impulso creador encontrarán un nuevo cauce. Al tiempo que borrona y se prepara, trabaja como encargado de Farmacia en diversos pueblos, usando cada minuto disponible para leer la obra poética clásica y moderna, logrando empaparse en el humanismo de los autores españoles de principio de siglo.

Los inviernos suele pasarlos en Madrid, donde frecuenta el teatro y las tertulias literarias. En ella irá presentando sus Versos y Oraciones de Caminante, maduradas en el silencio de las provincias.

De tal modo, en el invierno de 1919, entrega los manuscritos a Enrique Diez Canedo, escritor y crítico de la Revista «España». Éste, impactado, prepara la primera edición, anunciándola profusamente en tal órgano de difusión. A la vez, publica algunos poemas del vate.

La aparición del libro da lugar a críticas elogiosas.

También, a comentarios adversos y mordaces. Surgía el advenimiento de uno de los más controvertidos poetas españoles...

A la edición de sus poemas, en 1920, sigue el ofrecimiento de un empleo en la Guinea Española, colonia en África del Norte. Residirá en Fernando Poo hasta 1922

trabajando como administrador de los hospitales del Golfo de Guinea. Su espíritu aventurero e inquieto lo lleva a embarcarse, en Cádiz, con rumbo a Veracruz, luego de fugaces vacaciones en Madrid en instantes en que debía regresar a sus ocupaciones profesionales en África.

Su profunda amistad con Alfonso Reyes, le abre los círculos literarios más connotados de la ciudad de México, donde reside hasta 1924, oportunidad en que viaja a Estados Unidos para contraer matrimonio con la profesora mexicana Berta Gamboa. En la Universidad de Columbia aprovechará para cursar estudios magisteriales, ingresando, con posterioridad, al cuerpo docente de la Universidad de Cornell, en la que permanece hasta 1929, dando a la imprenta su segundo libro de **Versos y Oraciones de Caminante**.

Al año siguiente retorna a México, donde publica **Drop a Star** (Eche una Estrella). Pronto, vuelve a España, lugar que lo encontrará siempre inquieto hasta 1933, época en que regresa a Norteamérica para enseñar en la Universidad de Las Vegas.

Viajero incansable, pasa a México para enseñar en la Universidad citadina al tiempo que se encarga del cuadro dramático radiofónico de la Secretaría de Educación Pública; en 1934 está de regreso en España; en 1935 se le nombra Agregado Cultural de la Embajada española en Panamá.

Al estallar la Guerra Civil, abandona las cálidas tierras centroamericanas para unirse a las fuerzas republicanas en Madrid; Valencia y Barcelona son puntos de referencia en la creación de algunos poemas del período bélico de León Felipe que expresan su angustia y su desesperación ante el genocidio que vive su Patria.

En 1938 llega a México, incorporándose a la Casa España. Será su residencia más permanente, lo que no disminuye su viajar constante que incluye visitas a cada uno y todos los países latinoamericanos donde muchedumbres, enfervorizadas, se congregan para escuchar los discursos y poemas vibrantes, plenos de protesta, del poeta peregrino, embebidos del drama español de la época.

De los iniciales **Versos y Oraciones de Caminante**, a los finales poemas de este **Pobre y Roto Violín** existe una amplia producción... **Ganarás la Luz, Español del Éxodo y del Llanto, Oídme Republicanos, EL Hacha, El Gran Responsable** son un reflejo de su profunda inquietud; versos doloridos y vindicativos; sólidos humanos; motivos y profundidades vitales van desgranándose y transformándose, en voces incitantes y polémicas.

El poeta, a su juicio, no sólo debe ser espectador pasivo; mucho menos sirviente de una orientación acomodaticia; debe encarnar, en profundidad, expresiones colectivas,

reflejo del heroísmo y sacrificio, proyectadas en concreciones diarias... «yo no soy más que una voz, la tuya, la de todos, -la más genuina, -la más general, -la más aborígen ahora, -la más antigua de esta tierra, -la voz de España que hoy se articula en mi garganta -como pudo articularse en otra cualquiera...».

Así, el poeta no habla por sí mismo. O por ciertos hombres. Sino en representación de todos. Es la humanidad que se expresa en un desgarramiento profundo.

«El poeta -dice el propio Felipe- habla desde el nivel exacto del hombre».

Viajero y trashumante, lleva a distantes rincones, su voz y su protesta; su denuncia y su proyección. Es una conciencia que arde, declama y conmueve. Al día siguiente, lejos, continuará su prédica infatigable. Hasta los más insensibles, sienten electrizados, los fustigazos del poeta que no tiene otro camino que el de su Patria herida y lacerada.

En 1968, en Ciudad de México mere rodeado de la admiración y afecto de un pueblo que siempre lo consideró parte de sí mismo, siendo sepultado con todos los honores y respetos que se le tributan a los mexicanos más distinguidos.

La temática de León Felipe, poeta íntegro luego de cumplidos sus treinta años, tiene madurez estructural absoluta. Ella se expresa desde el momento mismo en que publica sus primeros versos. En lenguaje claro, en construcción directa y en vívidas expresiones, características que trasuntan todo su quehacer literario, va ganándose un espacio preclaro en las letras contemporáneas.

La repetición fraseológica vigoriza y enlaza las ideas, marca el valor del pensamiento fundamental y sirve como de fondo rítmico a la sonoridad del verso; métrica y rima absolutas no son utilizadas pues, el poeta, considera que:

Deshacer este verso
Quitadle los caireles de la rima,
el metro, la cadencia
y hasta la idea misma.
Aventad las palabras,
y si después queda algo todavía
eso
será la poesía...

Los temas líricos y la esencia sentimental que brota de su inspiración, constituyen los asuntos tratados en los primeros poemas. El estro lírico se enriquecerá en su segunda etapa con una proyección humanista que lo convertirá en ciudadano y poeta del mundo. La Guerra Civil española le incita a buscar, encontrar y cantar la esencia de la Hispanidad eterna que, dispersa en cruel diáspora mundial, mantiene un ideal impecederero... Así termina el comentario de la antología de donde hemos extraído la siguiente muestra.



P o e m a s d e L e ó n F e l i p e

De **Versos y Oraciones de Caminante**,
Madrid, 1920

I

Nadie fue ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana
hacia Dios
por este mismo camino
que yo voy.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol...
y un camino virgen
Dios.

II

Deshaced ese verso.
Quitadle los caireles de la rima,
el metro, la cadencia
y hasta la idea misma.
Aventad las palabras,
y si después queda algo todavía,
eso
será la poesía.

III

Poesía,
tristeza honda y ambición del alma,
icuéndo te darás a todos.... a todos,
al príncipe y al paria,
a todos...
sin ritmo y sin palabras.

IV

Sistema, poeta, sistema
Empieza por contar las piedras,
luego contarás las estrellas.

V

Poeta,
ni de tu corazón,
ni de tu pensamiento
ni del horno divino de Vulcano
han salido tus alas.
Entre todos los hombres las labraron
y entre todos los hombres en los huesos
de tus costillas las hincaron.
La mano más humilde
te ha clavado
un ensueño...
una pluma de amor en el costado.

VI

No andes errante...
y busca tu camino.
-Dejadme-.
Ya vendrá un viento fuerte
que me lleve a mi sitio.

De **Autorretrato**

III

Vencidos

(Serrat musicó también este gran poema)

Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar.
Y ahora ociosa y abollada va en el rucio la armadura,
y va ocioso el caballero sin peto y sin espaldar,
va cargado de amargura,
que allá encontró sepultura
su amoroso batallar.
Va cargado de amargura,
que allá «quedó su ventura»
en la playa de Barcino, frente al mar.

Por la manchega llanura

se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar.
Va cargado de amargura,
va, vencido el caballero, de retorno a su lugar.
¡Cuántas veces Don Quijote, por esa misma llanura
en horas de desaliento así te miro pasar!
¡Y cuántas veces te grito: Hazme un sitio en tu montura
y llévame a tu lugar;
hazme un sitio en tu montura,
caballero derrotado,
hazme un sitio en tu montura,
que yo también voy cargado
de amargura
y no puedo batallar!

Ponme a la grupa contigo,
caballero del honor,
ponme a la grupa contigo
y llévame a ser contigo
pastor.

Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de Don Quijote pasar...

V

¡Qué día tan largo!

¡Qué día tan largo
y qué camino tan áspero,
qué largo es todo, qué largo,
qué largo es todo y qué áspero!
En el cielo está clavado
el sol iracundo y alto.
La tierra es toda llanura, llanura, toda llanura, y en
la llanura... ni un árbol.
Voy tan cansado
que pienso en una sombra cualquiera. Quiero descanso,
descanso, sólo descanso.
¡Dormir! Y lo mismo me da ya bajo un ciprés
que bajo un álamo.

De **poemas menores**

I

No es lo que me trae cansado
este camino de ahora.
No cansa
una vuelta sola.
Cansa el estar todo un día
hora tras hora,
y día tras día un año
y año tras año una vida
dando vueltas a la noria.

II

Que se quede así ya
-desnudo y vacío- el corazón.
¿A qué vestirle de nuevo,
a qué otra vez colmarle de amor

si otra vez, al fin, ha de venir el tiempo
a llevárselo todo como un
ladrón?

III

Huyen. Se ve que huyen
vueltas de espaldas a la tierra.
Nosotros no hemos visto
todavía
los ojos de una estrella.
Para buscar lo que buscamos
(¿dónde está mi sortija?) una cerilla es buena,
y la luz del gas,
y la maravillosa luz eléctrica...
Nosotros no hemos visto todavía
los ojos de una estrella.

V

¿Qué me importa que se borren
los caminos de la tierra
con el agua
que ha traído esa tormenta?
Mi pena es porque esas nubes tan negras
han borrado las estrellas.

De Versos y Oraciones
de Caminante, Nueva York, 1929

III

Sabemos

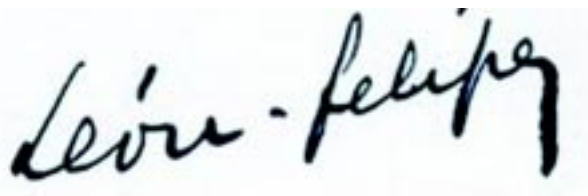
Sabemos que no hay tierra
ni estrellas prometidas.
Lo sabemos, Señor, lo sabemos
y seguimos contigo trabajando.

Sabemos que mil veces y mil veces
pararemos de nuevo nuestro carro
y que mil y mil veces en la tierra
alzaremos de nuevo
nuestro viejo tinglado.
Sabemos que por ello no tendremos
ni ración ni salario.
Lo sabemos, Señor, lo sabemos
y seguimos contigo trabajando.
Y sabemos
que sobre este tinglado
hemos de hacer mil veces y mil veces todavía
el mismo viejo truco bufo-trágico
sin elogios
ni aplausos.
Lo sabemos, Señor, lo sabemos
y seguimos contigo trabajando...

Bien, llegamos al final de esta breve muestra poética del mesiánico León Felipe, nosotros también sabemos, como él, que para nosotros tampoco habrá «*ración ni salario, ni aplauso, ni elogio alguno*», y eso es bueno, porque lo que esperamos sencillamente, es seguir de la mano de la Literatura, de la Poesía, prendidos del excitante olor de la Vida, del Amor, del Ideal... ¿que de esto no se come, que estamos locos?, es probable, pero no olvidemos que de esto es que ha surgido el universo ineludible e inmortal... lo que importa después de todo, es dejar un testimonio para las nuevas generaciones, de maestros y de alumnos, de que existe por lo menos un verso, una oración, un camino, y que resplandecen con los ojos de una estrella, en el fondo de nuestro frágil y sencillo corazón... Leamos a León Felipe, y vayámonos sin miedo, a caminar junto a él...

BIBLIOGRAFÍA

Huellas de dolor y esperanza. (Antología poética de Pablo Neruda, Nicolás Guillén y León Felipe). 5ª Edición. Editores Mexicanos Unidos.S.A. México, 1984.
Diálogos con América, de Mauricio. De La Selva, México, 1964.
Ernesto Che Guevara: Obra revolucionaria, Selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar. ERA, México, 1979.



Calibán

Apuntes sobre la cultura de nuestra América

Roberto Fernández Retamar

SEGUNDO AÑO DE BACHILLERATO

Nuestro símbolo no es, pues, *Ariel*, como pensó Rodó, sino *Calibán*. Esto es algo que vemos con particular nitidez los mestizos que habitamos estas mismas islas donde vivió Calibán: Próspero invadió las islas, mató a nuestros ancestros, esclavizó a Calibán y le enseñó su idioma para poder entenderse con él: ¿qué otra cosa puede hacer Calibán sino utilizar ese mismo idioma —hoy no tiene otro— para maldecirlo, para desear que caiga sobre él la «roja plaga»? No conozco otra metáfora más acertada de nuestra situación cultural, de nuestra realidad. De Túpac Amaru, *Tiradentes*, Toussaint-Louverture, Simón Bolívar, el cura Hidalgo, José Artigas, Bernardo O'Higgins, Benito Juárez, Antonio Maceo y José Martí, a Emiliano Zapata, Augusto César Sandino, Julio Antonio Mella, Pedro Albizu Campos, Lázaro Cárdenas, Fidel Castro y Ernesto Che Guevara; del Inca Garcilaso de la Vega, el *Aleijadinho*, la música popular antillana, José Hernández, Eugenio María de Hostos, Manuel González Prada, Rubén Darío (sí: a pesar de todo), Baldomero Li-llo y Horacio Quiroga, al muralismo mexicano, Héctor Villalobos, César Vallejo, José Carlos Mariátegui, Ezequiel Martínez Estrada, Carlos Gardel, Pablo Neruda, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, Aimé Césaire, José María Arguedas, Violeta Parra y Frantz Fanon, ¿qué es nuestra historia, qué es nuestra cultura, sino la historia, sino la cultura de Calibán?

En cuanto a Rodó, si es cierto que equivocó los símbolos, como se ha dicho, no es menos cierto que supo señalar con claridad al enemigo mayor que nuestra cultura tenía en su tiempo —y en el nuestro—, y ello es enormemente más importante. Las limitaciones de Rodó, que no es éste el momento de elucidar, son responsables de lo que no vio o vio desenfocadamente.[30] Pero lo que en su caso es digno de señalar es lo que sí vio, y que sigue conservando cierta dosis de vigencia y aun de virulencia.

Pese a sus carencias, omisiones e ingenuidades (ha dicho también Benedetti), la visión de Rodó sobre el fenómeno yanqui, rigurosamente ubicada en su contexto histórico, fue en su momento la primera plataforma de lanzamiento para otros planteos posteriores, menos ingenuos, mejor informados, más previsores (...) la casi profética sustancia del arielismo rodoniano conserva todavía hoy, cierta parte de su vigencia.[31]

Estas observaciones están apoyadas por realidades incontrovertibles. Que la visión de Rodó sirvió para planteos posteriores menos ingenuos y más radicales, lo sabemos bien los cubanos con sólo remitimos a la obra de nuestro Julio Antonio Mella, en cuya formación fue decisiva la influencia de Rodó. En un vehemente trabajo de sus veintiún años. «Intelectuales y tartufos» (1924), en que Mella arremete con gran violencia contra falsos valores intelectuales de su tiempo —a los que opondrá



Roberto Fernández Retamar, al centro, junto a intelectuales cubanos

los nombres de Unamuno, José Vasconcelos, Ingenieros, Varona—, Mella escribe: «Intelectual es el trabajador del pensamiento. ¡El trabajador!, o sea, el único hombre que a juicio de Rodó merece la vida, (...) aquél que empuña la pluma para combatir las iniquidades, como otros empuñan el arado para fecundar la tierra, o la espada para libertar a los pueblos, o los puñales para ajusticiar a los tiranos».[32]

Mella volverá a citar con devoción a Rodó ese año[33] y al siguiente contribuirá a fundar en La Habana el Instituto Politécnico Ariel. [34] Es oportuno recordar que ese mismo año (1925) Mella se encuentra también entre los fundadores del primer Partido comunista de Cuba. Sin duda el *Ariel* de Rodó sirvió a este primer marxista-leninista orgánico de Cuba —y uno de los primeros del continente—, como «plataforma de lanzamiento» para su meteórica carrera revolucionaria.

Como ejemplos también de la relativa vigencia que aun en nuestros días conserva el planteo antiyanqui de Rodó, están los intentos enemigos de desarmar ese planteo. Es singular el caso de Emir Rodríguez Monegal, para quien *Ariel*, además de «materiales de meditación filosófica o sociológica, también contiene páginas de carácter polémico sobre problemas políticos de la hora. Y ha sido precisamente esta condición *secundaria* pero innegable la que determinó su popularidad inmediata y su difusión». La esencial postura de Rodó contra la penetración norteamericana, aparecería así como un *añadido*, como un hecho *secundario* en la obra. Se sabe, sin embargo, que Rodó la concibió a raíz de la intervención norteamericana en Cuba en 1898, como una *respuesta al hecho*. Rodríguez Monegal comenta:

La obra así proyectada fue *Ariel*. En el discurso definitivo sólo se encuentran *dos alusiones directas* al hecho histórico que fue su primer motor (...) ambas alusiones permiten advertir cómo ha trascendido Rodó la circunstancia histórica inicial para plantarse de lleno en el problema esencial: la proclamada decadencia de la raza latina.[35]

El hecho de que un servidor del imperialismo como Rodríguez Monegal, aquejado de la «nordomanía» que en 1900 denunció Rodó, trate de emascular tan burdamente su obra, solo prueba que, en efecto, ella conserva cierta virulencia en su planteo, aunque hoy lo haríamos a partir de otras perspectivas y con otro instrumental. Un análisis de *Ariel* —que no es ésta en absoluto la ocasión de hacer— nos llevaría también a destacar cómo, a pesar de su formación, a pesar de su antijacobinismo, Rodó combatió allí el antidemocratismo de Renán y Nietzsche (en quien encuentra «un abominable, un reaccionario espíritu», p. 224), exalta la democracia, los valores morales y la emulación. Pero indudablemente, el resto de la obra ha perdido la actualidad que, en cierta forma, conserva su enfrentamiento gallardo a los Estados Unidos y la defensa de nuestros valores.

Bien vistas las cosas, es casi seguro que estas líneas de ahora no llevarían el nombre que tienen de no ser por el libro de Rodó, y prefiero considerarlas también como un homenaje al gran uruguayo, cuyo centenario se celebra este año. El que el homenaje lo contradiga en no pocos puntos no es raro. Ya había observado Medardo Vitier que «si se produjera una vuelta a Rodó, no creo que sería para adoptar la solución que dio sobre los intereses de la vida del espíritu, sino para reconsiderar el problema».[36]

Al proponer a Calibán como nuestro símbolo, me doy cuenta que tampoco es enteramente nuestro, también es una elaboración extraña, aunque esta vez lo sea a partir de nuestras concretas realidades. Pero, ¿cómo eludir enteramente esta extrañeza? La palabra más venerada en Cuba —*mambí*— nos fue impuesta peyorativamente por nuestros enemigos, cuando la guerra de independencia, y todavía no hemos descifrado del todo su sentido. Parece que tiene una evidente raíz africana, e implicaba, en boca de los colonialistas españoles, la idea de que todos los independentistas equivalían a los negros esclavos —emancipa-

dos por la propia guerra de independencia—, quienes, por supuesto, constituían el grueso del ejército libertador. Los independentistas, blancos y negros, hicieron suyo con honor lo que el colonialismo quiso que fuera una injuria. Es la dialéctica de Calibán. Nos llaman *mambí*, nos llaman *negro* para ofendernos; pero nosotros reclamamos como un timbre de gloria el honor de considerarnos descendientes de *mambí*, descendientes de negro alzado, cimarrón, independentista; y *nunca* descendientes de esclavista. Sin embargo, Próspero, como bien sabemos, le enseñó el idioma a Calibán, y consecuentemente, le dio nombre. ¿Pero es ese su verdadero nombre? Oigamos este discurso de 1971:

Todavía, con toda precisión, no tenemos siquiera un nombre, todavía no tenemos un nombre, estamos prácticamente sin bautizar: que si latinoamericanos, que si iberoamericanos, que si indoamericanos. Para los imperialistas no somos más que pueblos despreciados y despreciables. Al menos lo éramos. Desde Girón empezaron a pensar un poco diferente. Desprecio racial. Ser criollo, ser mestizo, ser negro, ser, sencillamente, latinoamericano, es para ellos desprecio.[37]

Es naturalmente, Fidel Castro, en el décimo aniversario de la victoria de Playa Girón.

Asumir nuestra condición de Calibán implica repensar nuestra historia —desde el otro lado, desde el otro protagonista. El otro protagonista de *La tempestad* (o, como si hubiéramos dicho nosotros, *El ciclón*) no es por supuesto Ariel, sino Próspero.[38] No hay verdadera polaridad Ariel-Calibán: ambos son siervos en manos de Próspero, el hechicero extranjero. Sólo que Calibán es el rudo e inconquistable dueño de la isla, mientras que Ariel, criatura aérea, aunque hijo también de la isla, es en ella, como vieron Ponce y Césaire, el intelectual.

Notas

[30] «Es abusivo», ha dicho Benedetti, «confrontar a Rodó con estructuras, planteamientos, ideologías actuales. Su tiempo es otro que el nuestro (...) su verdadero hogar, su verdadera patria temporal, era el siglo XIX». (*op. cit.*, p. 128).

[31] *op. cit.*, p. 102. Un énfasis aún mayor en la vigencia actual de Rodó se encontrará en el libro de Arturo Ardao Rodó. *Su americanismo* (Montevideo, 1970), que incluye una excelente antología del autor de *Ariel*. En cambio, ya en 1928, José Carlos Mariátegui, después de recordar con razón que «a Norte América capitalista, plutocrática, imperialista, sólo es posible oponer eficazmente una América latina o ibera, socialista», añade: «El mito de Rodó no obra ya —no ha obrado nunca— útil y fecundamente sobre las almas.» J. C. M. «Aniversario y balance» (1928), en *Ideología y política*, Lima, 1969, p. 248.

[32] En *Hambres de la Revolución. Julio Antonio Mella*. La Habana, 1971, p. 12.

[33] *op. cit.*, p. 15.

[34] V. Erasmo Dumpierre: *Mella*, La Habana (c. 1965), p. 145, y también José Antonio Portuondo: «Mella y los intelectuales» (1963), que se reproduce en este número.

[35] Emir Rodríguez Monegal: en *Rodó*, *op. cit.*, ps. 192-193. El subrayado es mío. R. F. R.

[36] Medardo Vitier: *Del ensayo americano*, México, 1945, p. 117.

[37] Fidel Castro: Discurso del 19 de abril de 1971.

[38] Jan Kott: *op. cit.*, p. 377.

Homenaje a Roberto Fernández Retamar

El 9 de junio de 1930 nació en la ciudad de La Habana el poeta, ensayista y crítico cubano Roberto Fernández Retamar. Sus primeros poemas fueron publicados en la revista *Orígenes*, dirigida por el poeta José Lezama Lima. Pertenece a la importante generación de escritores nacida en la década de 1930, junto a autores como Heberto Padilla, Pablo Armando Fernández y Fayad Jamís. En 1954 se doctoró en Filosofía y Letras por la Universidad de La Habana. Ha recibido numerosos títulos *honoris causa*, por parte de prestigias universidades de Europa y América, y ganado importantes premios internacionales. Fundador y animador de revistas como *Unión*, órgano de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, Fernández Retamar se desempeña actualmente como director de la revista *Casa de las Américas*. Algunos de sus poemarios son: *Elegía como un himno*, *Con las mismas manos*, *Historia antigua*, *Revolución nuestra*, *amor nuestro* y *Las cosas del corazón*. También es importante su ensayo *Calibán*, que aborda el problema de la identidad latinoamericana. En crítica, sobresale su volumen titulado *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones*.



ANIVERSARIO

Me levanto, aún a oscuras, para llevar a arreglar unas ruedas del auto, que sigue roto,
Y al regreso, cuando ya ha brotado el hermoso y cálido día,
Te asomas a la ventana que da al pasillo de afuera, y me sonríes con tus ojos achinados del amanecer.
Poco después, a punto de marcharme para ir a revisar unos papeles,
Te veo cargando cubos con nuestras hijas,
Porque hace varios días que no entra agua, y estamos sacando en cubos la poca que haya en la cisterna del edificio.
Y aunque tengo ya puesta la guayabera de las reuniones, y en una mano la maleta negra que no debo soltar,
Ayudo algo, con la otra mano, mientras llega el jeep colorado.
Que demora poco, y al cabo me arrastra de allí: tú me dices adiós con la mano.
Tú me decías adiós con la mano desde este mismo edificio,
Pero no desde este mismo apartamento;
Entonces, hace más de veinte años, no podíamos tener uno tan grande como éste de los bajos.
El nuestro era pequeño, y desde aquel balcón que no daba a la calle,
Pero que yo vislumbraba allá al fondo, cuando cruzaba rápido, en las mañanitas frías, hacia las clases innumerables de introducción al universo,
Desde aquel balcón, allá al fondo, día tras día me decías adiós, metida en tu única bata de casa azul, que iba perdiendo su color como una melodía.
Pienso estas cosas, parlotando de otras en el jeep rojo que parece de juguete,
Porque hoy hace veintidós años que nos casamos,
Y quizá hasta lo hubiéramos olvidado de no haber llegado las niñas (digo, las muchachas) a la hora del desayuno,
Con sus lindos papeles pintados, uno con un 22 enorme y (no sé por qué) dos plumas despeluzadas de pavorreal,
Y sobre todo con la luz de sus sonrisas.
¿Y es ésta la mejor manera de celebrar nuestros primeros veintidós años juntos?
Seguramente sí; y no sólo porque quizá esta noche iremos al restorán Moscú,
Donde pediremos caviar negro y vodka, y recordaremos a Moscú y sus amigos, y también a Leningrado, a Bakú, a Ereván;
Sino sobre todo porque los celebraremos con un día como todos los días de esta vida,
De esta vida ya más bien larga, en la que tantas cosas nos han pasado en común:
El esplendor de la historia y la muerte de nuestras madres,
Dos hijas y trabajos y libros y países,
El dolor de la separación y la ráfaga de la confianza, del regreso.
Uno está en el otro como el calor en la llama,
Y si no hemos podido hacernos mejores,
Si no he podido suavizarte no sé qué pena del alma,
Si no has podido arrancarme el temblor,
Es de veras porque no hemos podido.
Tú no eres la mujer más hermosa del planeta,
Esa cuyo rostro dura una o dos semanas en una revista de modas
Y luego se usa para envolver un aguacate o un par de zapatos que llevamos al consolidado;
Sino que eres como la Danae de Rembrandt que nos deslumbró una tarde inacabable en L'Ermitage,
y sigue deslumbrándonos;
Una mujer ni bella ni fea, ni joven ni vieja, ni gorda ni flaca,
Una mujer como todas las mujeres y como ella sola,
A quien la certidumbre del amor da un dorado inextinguible,
Y hace que esa mano que se adelanta parecida a un ave
Esté volando todavía, y vuela siempre, en un aire que ahora respiras tú.
Eres eficaz y lúcida como el agua.
Aunque sabes muchas cosas de otros países, de otras lenguas, de otros enigmas,
Pertenece a nuestra tierra tan naturalmente como los arrecifes y las nubes.
Y siendo altiva como una princesa de verdad (es decir, de los cuentos),
Nunca lo parecías más que cuando, en los años de las grandes escaseces,
Hacías cola ante el restorán, de madrugada, para que las muchachas (entonces, las niñas) comieran mejor,
Y, serenamente, le disputabas el lugar al hampón y a la deslenguada.
Un día como todos los días de esta vida.
No pido nada mejor. No quiero nada mejor.
Hasta que llegue el día de la muerte.

FELICES LOS NORMALES

Felices los normales, esos seres extraños.
Los que no tuvieron una madre loca, un padre borracho, un hijo delincuente,
Una casa en ninguna parte, una enfermedad desconocida,
Los que no han sido calcinados por un amor devorante,
Los que vivieron los diecisiete rostros de la sonrisa y un poco más,
Los llenos de zapatos, los arcángeles con sombreros,
Los satisfechos, los gordos, los lindos,
Los rintintín y sus secuaces, los que cómo no, por aquí,
Los que ganan, los que son queridos hasta la empuñadura,
Los flautistas acompañados por ratones,
Los vendedores y sus compradores,
Los caballeros ligeramente sobrehumanos,
Los hombres vestidos de truenos y las mujeres de relámpagos,
Los delicados, los sensatos, los finos,
Los amables, los dulces, los comestibles y los bebestibles.
Felices las aves, el estiércol, las piedras.
Pero que den paso a los que hacen los mundos y los sueños,
Las ilusiones, las sinfonías, las palabras que nos desbaratan
Y nos construyen, los más locos que sus madres, los más borrachos
Que sus padres y más delincuentes que sus hijos
Y más devorados por amores calcinantes.
Que les dejen su sitio en el infierno, y basta.

Poesía de Cintio Vitier

(Cuba, 1921)

SEGUNDO AÑO DE BACHILLERATO

Palabras del hijo pródigo

I

La luz es poca ya, y el alma se apodera del viento desterrado que mueve lo que al fin poseo, las naves de una paz lejana.

En calma está mi tiempo donde a ratos dulcemente amo, y la voz antigua de una madre se extiende como tela de blancura.

La luz es poca al fin, y el ángel oye mi corazón aún turbio y pedregoso de su perdida vanidad, vacío en el color del año.

Porque el hombre que ha de morir trabaja y en hábitos oscuros se extasia, pero a veces también tiembla y canta, como un trabajador que vuelve.

II

Me alegra ver al carpintero que llega con sus finas herramientas y la grave medida de su rostro. Es, además, un hombre que ha sufrido. Lo mismo digo del mecánico y de los rudos y pacientes albañiles. Consuela, de algún modo, mirar a los que saben vivir en la sagrada compañía de la materia y de las proporciones, que sirven para hacer los edificios. A los que tienen ojos claros, músculos precisos, manos que conocen el grano y la textura y la tendencia rebelde o dócil de las cosas. A los que en realidad esperan ser polvo blanco, hijos de penuria, y más allá, serenamente, nada. Estos hombres poseen un especial silencio. En el inmenso mundo de los profetas y las constelaciones, sólo ven ante sí una tarea humilde, tan pequeña o tan pura que a veces no es posible imaginarla. Y cuando están absortos trabajando, en el instante más profundo de su oficio, yo he visto que una lumbre suavísima los toca y distiende sus arrugas, y delicadamente los separa de la muerte.

III

El centinela, enmascarado de vapores nocturnos, oye un silencio como un suspiro y luego suenan las dianas precursoras de otro ayer oscuro. ¡Ah, las roncas voces de mando! Pronto van a chocar los cuerpos, los ojos atentos, chispeantes, o velados, las almas contemplando su destino como una batalla lejanísima. Pero he aquí que alguien (en algún remoto sitio, tal vez rodeado de mendigos y ladrones, en la taberna, o solo, mirando los techos de la villa), escoge ese minuto, ese vacío en que todo está suspenso ante la aurora, para alzar en él una delgada línea, sólo una línea, un hilo

POETA CUBANO NACIDO EN CAYO HUESO, FLORIDA, EN 1921. PERTENECIÓ AL GRUPO DE ESCRITORES ARTICULADOS ALREDEDOR DE LA REVISTA *ORÍGENES*, QUE DIRIGÍA JOSÉ LEZAMA LIMA. NOVELISTA, ENSAYISTA, PERO SOBRE TODO, POETA, VITIER ESTÁ AL FRENTE DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MARTIANOS. EL AÑO PASADO LE FUE ENTREGADO EL PREMIO JUAN RULFO, EN RECONOCIMIENTO DE SU IMPORTANTE OBRA. ALGUNOS DE SUS LIBROS SON *PALABRAS DEL HIJO PRÓDIGO*, *NUPCIAS*, *TESTIMONIOS*, *DAMA POBREZA* Y LAS NOVELAS *DE PEÑA POBRE* Y *RAJANDO LA PIEDRA ESTÁ*.

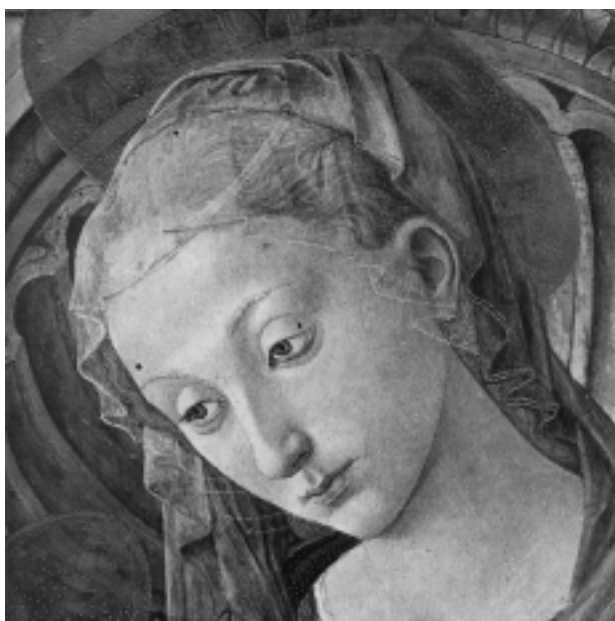


Ilustración: Madonna con el niño, de Francesco di Stefano Pesellino (Florenca, Italia, 1422-1457)

como el borde virginal de un velo, hiriente casi de tan dulce; y cuando todos duermen en la tierra desunidos sus huesos por la nada, borrados ya sus nombres hasta de las manos y las bocas más humildes, sentimos claramente aquel violín sobre el vacío, aquel dolor tan puro, aquella sonrisa cristalino que sale de un pequeño lienzo, aquel verso, Señor —aquella voz que se levanta de la aurora en que todo está suspenso ante sí mismo, y canta la alegría de los hombres.

IV

No puede la sucesión romper la línea —mientras dura, eterna— de la virgen de Pesellino, delgada, como el aire que circula en las palabras de la luz, el agua o el espíritu, cuando por dentro, en ese interior vidente, se ilumina su veladura por hacer del ciego instante una mansión donde dialogan cristalinas razones. Pero un día, aquel dorado que era del gris la palma atenta, aquellos ojos que eran la transfiguración ardiente de los días, en Florenca o aquí, donde ahora siento que soy distante como un astro, aquella línea que sacaba del mar su tímida aureola, será un frío crepúsculo vagando entre los nombres que amanecen, espléndidos y finos, en los labios de los ángeles.

V

Y cuando despertamos, con el grito silencioso del anhelo, está vibrando la oscuridad como una puerta que alguien acabara de cerrar vehementemente. ¿Quién huye entonces por los campos solitarios, o quién mira dulce, con el ojo de la luna derramada en una silla, en unos libros? ¿O quién nos dice: ven, esto es la escena vacía del teatro, es en tus sueños donde vas a encontrar lo que buscabas? ¿O quién empieza a silabear sagrados nombres que luego son imágenes cantando entre el olvido y la memoria, y luego pájaros riñendo en el albor?

De todo esto se ha tejido mi vida interrogante, y cada cosa —cada brizna de tiempo— me sorprende como un ciego en el inmenso umbral, ansioso, con las manos extendidas.

VI

Y qué soy yo sino el sitio del cambio, el lugar donde acontece el frío y el calor, la edad hecha de días, de lentitudes y fugacidades, de sorpresas gloriosas e indecibles hastíos, de esperanzas y desesperanzas, todo tejiendo la angustiada hora de ese crepúsculo en que estoy mirándome entrar en mí, definitivamente, como la noche del desierto? Pero el sitio del cambio, que soy yo, ¿está dentro o está fuera de este sueño? Y él mismo, en sí, ¿no cambia? ¿Está fijo como una idea, separado del cambio como la idea del discurso, como la verdad que puede ser pronunciada por Sócrates o por una piedra o un cedro? Y, sin embargo, a veces despierto a medianoche, o entre el humo, grato al alma, de la amistosa conversación, infinita, dulce, suplicante, de lo que se dice mi verdad, llena de cambio, de luces indecisas y de salvaje olvido, bañada en lágrimas, sirena del azar o del destino, más allá del melancólico alcance de mis manos.

VII

Bestiario errante de candor, castillo que se desune y rueda, estruendo silencioso, visión nula, ojo deshecho de las soledades, mano de inmensas y dulces decisiones, boca de efímeras cantatas, carcajada hueca del actor, mitológicas grupas, toro alado, apocalipsis incesantes, pueblos, serenos almacenes de la nada, mutilaciones del atleta, salto, frisos, anuncios, fábulas, cornucopias, cúpulas, deseos, juguetería pura del azar, esfinge de sonrisa destrozada, mecánica del sueño, camposanto, batalla homérica, meditación de César, mediodía en conventos italianos, rostro de Médicis, hoguera del hereje, sermón de nieve, ágora volando, orgía de volutas cristalinas, togas blanquísimas, velos de la Virgen,

graneros, armas, catedrales,
galeones rompiéndose en la luz,
islas sencillas, bahías intocadas,
el terror, el sacrificio, la lujuria,
la plegaria, el pergamino, el sueño,
estentórea multitud gesticulando,
jardín de estatuas injuriadas,
imperio destruido en la memoria,
enigmáticas noticias sollozando,
feria vulgar, oscuro tióvivo,
la llegada de noche al lecho solo,
vacía sucesión, blancor infausto,
inaudibles y lentas explosiones,
imaginario tiempo en el espacio,
roto altar, sustancia de la historia, nubes.

VIII

Después que lo gastó todo,
sobrevino una grande hambre
en aquel país, y comenzó a
paderer necesidad.
S. Lucas, xv, 14

Cuando llegué al final
de la calle, nada había cambiado.
Sí, nada había cambiado. El cambio
era la nada brillando en las ventanas y en las nubes.
Era el mismo lugar que siempre había sido otro,
el crepúsculo sabe cambiar la nada,
y yo paseaba por las bambalinas de lo mismo
talvez mirado por un ardiente público
que en sus ratos de olvido pasea por la calle.
Acaso hubiera sido mejor no haber venido
para ver que nada había cambiado,
que allí estaban los sitios familiares, tan extraños
como siempre, que siempre había sido así,
aunque faltaba algo, lo que no podía recordar,
lo que siempre había faltado.
Me debilitaba entonces en una forma horrenda,
perdía sustancia o alguien
a quien no podía nombrar me la robaba,
era como una criatura que de pronto
ha empezado a olvidar toda noción del tiempo
y no sostiene ya la idea de su ser, y escucha
un vago estruendo derramando frialdades
en el centro de su corazón.
Era una época de cambios y crepúsculos.
Me deshacía entonces, pero el aire
que ahora notaba ausente, como un sueño
de inesperada blancura empezaba a despertarme,
porque todo era tan dulce,
tan lleno de su nada, tal igual y tan distinto,
y lo que a todos faltaba era tan puro,
que mi casa, o lo que fuera
el lugar que me impulsaba, no podía estar muy lejos.

Examen del maniqueo

Cuántas veces ha sido humillada tu soberbia:
la soberbia del maniqueo.
Cuántas veces ha tenido que beberte las lágrimas de hiel
de no ser puro como un ángel.

¿De qué vale sutilizar los argumentos?
—Sí, has colaborado con todo lo que odias,
con la múltiple, infinita cara del mal.
¿En mínima medida? ¿Sólo por omisión? ¿Sólo por ganar
el pan?
Nada puede consolarte.
—Nada: porque mientras menos o más irrechazable haya
sido tu complicidad,
más esencial es tu miseria,
y mientras creías estar amparando en tu casa a los dioses
siempre derrotados,
no eras más que un oscuro obrero de la monstruosa
construcción.

Y así, cuando llegues a la presencia de tu Señor, no podrás
decirle:
fui puro, no pacté, no mezclé mi alma con las tinieblas,
sino tendrás que confesarle: soy
esta mezcla deleznable,
me fue impuesto el insulto de la promiscuidad,
tuve que dar al César lo que es del César
y al cuerpo lo que es del cuerpo,
soy uno más, perdido y manchado, en el rebaño,
—quise salvar la luz, pero no pude.

18 de septiembre de 1963.

Respuesta al examen del maniqueo

Si tú mismo te examinas, el examen no es válido.
Las reglas no son esas, ni siquiera el asunto.
Al medirte con la vara de tu fanatismo
te conviertes en una víctima, no en un penitente.
Pero el asunto es el amor,
sobre el que no hay definiciones ni escrutinios,
el amor que está viviendo en ti
(como en toda criatura)
una vida sufriente y misteriosa.
Por él serás juzgado, y tú no sabes
dónde están los tesoros,
los desiertos, las miserias, los espantos,
ni las silenciosas comuniones, ni las grandes alegrías
del amor que en ti padece.

Nada sabes, salvo que
tenemos, simultáneamente,
que velar y confiar.

Espera. Vive.

Sirve.

23 de septiembre de 1963.

La voz arrasadora

Esta es la voz de un contemplativo, no de un hombre de
acción.

Ambas razas, las únicas que realmente existen, se miran
con recelo.

Es verdad que ha habido gloriosas excepciones, aunque bien
mirados los rostros, bien oídas las voces,

la sagrada diferencia se mantiene, y aún se torna trágica.

Pero el contemplativo entiende y muchas veces ama el rayo
de la acción. Casi nunca lo contrario ocurre.

Ésta es la voz absorta de un oscuro, de un oculto, que ha
tenido peregrinas ambiciones.

Enumerarlas sería realizar un inventario del delirio.

Baste decir que ha querido romper los límites del fuego en
las palabras

y ha vuelto al círculo del hogar con un puñado de cenizas.

No, sin duda no lo comprenderéis, salvo los que sois del
indecible oficio.

Se entiende a un pescador, a un viajante, a un maestro, a
un asesino.

Estos hombres se alimentan de lo que hacen; hasta sus
sueños y sus fantasmagorías son quehaceres, hechos.

¿Cómo entender a uno que no ha poseído nunca nada; que
no ha tocado una cosa desnuda de alusión;

que sólo vive y muere en el mundo de lo otro, en el
inalcanzable reino de las trasposiciones;

a uno que, de pronto, necesita escribir, como se necesita la
comida o la mujer?

Su suerte es dura, extraña, también irrenunciable. Y sin
embargo, o por lo mismo, ya no me preguntéis,

cada vez que oye la voz arrasadora de la vida, arroja su
fantástico tesoro

y sale cantando y llorando y resplandeciendo, y va silencioso
a ocupar el puesto que le asignan.

Marzo de 1960.



Secuencia fotográfica del escritor cubano Cintio Vitier

ME CELEBRO Y ME CANTO A MÍ MISMO

Me celebro y me canto a mí mismo.
 Y lo que yo diga ahora de mí, lo digo de ti,
 porque lo que yo tengo lo tienes tú
 y cada átomo de mi cuerpo es tuyo también.
 Vago... e invito a vagar a mi alma.
 Vago y me tumbo a mi antojo sobre la tierra
 para ver cómo crece la hierba del estío.
 Mi lengua y cada molécula de mi sangre nacieron aquí,
 de esta tierra y de estos vientos.
 Me engendraron padres que nacieron aquí,
 de padres que engendraron otros padres que nacieron aquí,
 de padres hijos de esta tierra y de estos vientos también.
 Tengo treinta y siete años. Mi salud es perfecta.
 Y con mi aliento puro
 comienzo a cantar hoy
 y no terminaré mi canto hasta que muera.
 Que se callen ahora las escuelas y los credos.
 Atrás. A su sitio.
 Sé cuál es su misión y no la olvidaré;
 que nadie la olvide.
 Pero ahora yo ofrezco mi pecho lo mismo al bien
 que al mal,
 dejo hablar a todos sin restricción,
 y abro de para en par las puertas a la energía original
 de la naturaleza desenfundada.

WALT WHITMAN, UN COSMOS...

Walt Whitman, un cosmos, el hijo de Manhattan,
 turbulento, carnal, sensual, comiendo,
 bebiendo y procreando,
 no es un sentimental, no mira desde
 arriba a los hombres y mujeres ni se aparta de ellos,
 no es más púdico que impúdico
 ¡Quitad los cerrojos de las puertas!
 ¡Quitad las puertas mismas de sus quicios!
 Quien degrada a otro me degrada a mí,
 y todo lo que hace o dice vuelve a la postre a mí.
 La inspiración mana y mana de mí,
 me recorren la corriente y el índice.
 Pronuncio la contraseña primordial,
 doy la señal de la democracia,
 nada aceptaré, ¡lo juro!, si los demás
 no pueden tener su equivalente en iguales condiciones.
 Voces desde hace largo tiempo
 enmudecidas me recorren,
 voces de interminables generaciones
 de cautivos y de esclavos,
 voces de enfermos y desahuciados,
 de ladrones y de enanos,
 voces de ciclos de gestación
 y de crecimiento,
 y de los hilos que conectan las estrellas,
 y de los úteros y de la savia paterna,
 y de los derechos de los pisoteados,
 de los deformes, vulgares, simples,
 tontos, desdeñados,
 niebla en el aire, escarabajos que
 empujan bolitas de estiércol.
 Voces prohibidas me recorren,
 voces de sexo y lujuria,
 veladas voces cuyo velo aparto,
 voces indecentes por mí purificadas y transfiguradas.
 No me tapo la boca con la mano,
 trato con igual delicadeza
 a los intestinos que a la cabeza y el corazón,
 la cópula no es para mí más grosera que la muerte.
 Creo en la carne y en los apetitos,
 y cada parte, cada pizca de mí es un milagro.
 Divino soy por dentro y por fuera, y
 santifico todo lo que toco o me toca,
 el aroma de estas axilas es más
 hermoso que una plegaria,
 esta cabeza más que los templos,
 las biblias y todos los credos.

Walt Whitman

(1819-1892)

Versiones de León Felipe

SEGUNDO AÑO DE BACHILLERATO



UNA HOJA DE HIERBA

Creo que una hoja de hierba, no es menos
 que el día de trabajo de las estrellas,
 y que una hormiga es perfecta,
 y un grano de arena,
 y el huevo del rúgulo,
 son igualmente perfectos,
 y que la rana es una obra maestra,
 digna de los señalados,
 y que la zarzamora podría adornar,
 los salones del paraíso,
 y que la articulación más pequeña de mi mano,
 avergüenza a las máquinas,
 y que la vaca que pasta, con su cabeza gacha,
 supera todas las estatuas,
 y que un ratón es milagro suficiente,
 como para hacer dudar,
 a seis trillones de infieles.
 Descubro que en mí,
 se incorporaron, el gneiss y el carbón,
 el musgo de largos filamentos, frutas, granos y raíces.
 Que estoy estucado totalmente
 con los cuadrúpedos y los pájaros,
 que hubo motivos para lo que he dejado allá lejos
 y que puedo hacerlo volver atrás,
 y hacia mí, cuando quiera.
 Es vano acelerar la vergüenza,
 es vano que las plutónicas rocas,
 me envíen su calor al acercarme,
 es vano que el mastodonte se retrase,
 y se oculte detrás del polvo de sus huesos,
 es vano que se alejen los objetos muchas leguas
 y asuman formas multitudinales,
 es vano que el océano esculpa calaveras
 y se oculten en ellas los monstruos marinos,
 es vano que el aguilucho
 use de morada el cielo,
 es vano que la serpiente se deslice
 entre lianas y troncos,
 es vano que el reno huya
 refugiándose en lo recóndito del bosque,
 es vano que las morsas se dirijan al norte
 al Labrador.
 Yo les sigo velozmente, yo asciendo hasta el nido
 en la fisura del peñasco.

CREO QUE PODRÍA VOLVERME A VIVIR CON LOS ANIMALES

Creo que podría volverme a vivir con los animales.
 ¡Son tan plácidos y tan sufridos!
 Me quedo mirándolos días y días sin cansarme.
 No preguntan,
 ni se quejan de su condición;
 no andan despiertos por la noche,
 ni lloran por sus pecados.
 Y no me molestan discutiendo sus deberes para con Dios...
 No hay ninguno descontento,
 ni ganado por la locura de poseer las cosas.
 Ninguno se arrodilla ante los otros,
 ni ante los muertos de su clase que vivieron miles de siglos
 antes que él.
 En toda la tierra no hay uno solo que sea desdichado o
 venerable.
 Me muestran el parentesco que tiene conmigo,
 parentesco que acepto.
 Me traen pruebas de mí mismo,
 pruebas que poseen y me revelan.
 ¿En dónde las hallaron?
 ¿Pasé por su camino hace ya tiempo y las dejé caer sin
 darme cuenta?
 Camino hacia delante, hoy como ayer y siempre,
 siempre mas rico y mas veloz,
 infinito, lleno de todos y lo mismo que todos,
 sin preocuparme demasiado por los portadores de mis
 recuerdos,
 eligiendo aquí solo a aquel que más amo y marchando con
 el en un abrazo
 fraterno.
 Este es un caballo ¡Miradlo!
 Soberbio,
 tierno,
 sensible a mis caricias,
 de frente altiva y abierta,
 de ancas satinadas,
 de cola prolija que flagela el polvo,
 de ojos vivaces y brillantes,
 de orejas finas,
 de movimientos flexibles...
 Cuando lo aprisionan mis talones, su nariz se dilata,
 y sus músculos perfectos tiemblan alegres cuando corremos
 en la pista...
 pero yo solo puedo estar contigo un instante.
 Te abandono, maravilloso corcel.
 ¿Para qué quiero tu paso ligero si yo galopo mas de prisa?
 De pie o sentado, corro más que tú.

DIJE QUE EL ALMA NO ES SUPERIOR AL CUERPO

Dije que el alma no es superior al cuerpo,
 y dije que el cuerpo no es superior al alma,
 y nada, ni Dios siquiera, es más grande
 para uno que lo uno mismo es,
 y quien camina una cuadra sin amar al prójimo
 camina amortajado hacia su propio funeral,
 y yo o tú podemos comprar la flor y nata
 de la Tierra sin un céntimo, sin un céntimo
 en el bolsillo,
 y mirar con un sólo ojo o mostrar un grano
 en su vaina, desconcierta las enseñanzas
 de todos los tiempos,
 y no hay oficio ni empleo en el que un joven
 no pueda convertirse en héroe,
 y el objeto más delicado puede servir
 de eje al universo,
 y digo a cualquier hombre o mujer:
 que tu alma se alce tranquila y serena
 ante un millón de universos.